

1

1933

I

Carla sabía que sus padres estaban a punto de enfrascarse en una discusión. En cuanto entró en la cocina percibió la hostilidad, como el viento gélido que barría las calles de Berlín en febrero antes de una ventisca. Estuvo a punto de darse la vuelta y salir de la cocina.

No era habitual en ellos que discutieran. Por lo general eran muy afectuosos, incluso demasiado. Carla sentía vergüenza ajena cuando se besaban delante de otra gente. Sus amigas creían que era algo raro ya que sus padres no demostraban ese cariño en público. En una ocasión se lo había comentado a su madre, que reaccionó soltando una risa de satisfacción y le dijo:

—El día después de nuestra boda, a tu padre y a mí nos separó la Gran Guerra. —Su madre era inglesa de nacimiento, aunque apenas se le notaba el acento—. Yo me quedé en Londres mientras él regresaba a Alemania y se incorporaba al ejército. —Carla había oído esa historia un sinfín de veces, pero su madre nunca se cansaba de contársela—. Creíamos que la guerra duraría tres meses, pero no volví a verlo hasta al cabo de cinco años. Durante todo ese tiempo eché mucho de menos poder acariciarlo, así que ahora no me canso de hacerlo.

Su padre era igual.

—Tu madre es la mujer más inteligente que he conocido jamás —le había dicho ahí mismo, en la cocina, unos días antes—. Por eso me casé con ella. No tuvo nada que ver con... —Dejó la frase inacabada y ambos se rieron de forma cómplice, como si Carla no supiera nada de sexo a la edad de once años. Le resultaba todo muy violento.

Sin embargo, de vez en cuando se peleaban. Carla conocía las señales y sabía que estaba a punto de estallar una nueva discusión.

Cada uno estaba sentado a un extremo de la mesa. Su padre vestía un traje gris oscuro de estilo muy sombrío, una camisa blanca almidonada y una corbata negra de raso. Era un hombre pulcro, a pesar de las entradas y de la ligera barriga que asomaba bajo el chaleco y la cadena del reloj de oro. Tenía el rostro congelado en una expresión de falsa calma. Carla conocía esa mirada, era la que dirigía a algún miembro de la familia cuando había hecho algo que lo enfurecía.

Sostenía en la mano un ejemplar del semanario para el que trabajaba su madre, *Der Demokrat*, en el que escribía una columna de rumores políticos y diplomáticos con el nombre de Lady Maud. Su padre empezó a leer en voz alta:

—«Nuestro nuevo canciller, herr Adolf Hitler, hizo su debut en la sociedad diplomática en la recepción del presidente Hindenburg.»

Carla sabía que el presidente era el jefe de Estado. Había sido elegido, pero estaba por encima de las cuitas del día a día político y ejercía principalmente de árbitro. El canciller era el primer ministro. Aunque habían nombrado canciller a Hitler, su Partido Nazi no disponía de una mayoría absoluta en el Reichstag, el Parlamento alemán, de modo que, por el momento, los demás partidos podían poner coto a los excesos nazis.

Su padre habló con desagrado, como si lo hubieran obligado a mencionar algo repulsivo, como aguas residuales.

—«Parecía sentirse incómodo vestido con un frac.»

La madre de Carla tomó un sorbo de su café y miró hacia la calle a través de la ventana, fingiendo interés por la gente que se apresuraba para llegar al trabajo, protegiéndose del frío con bufanda y guantes. Ella también fingía calma, pero Carla sabía que solo estaba esperando su momento.

Ada, la criada, estaba de pie, vestida con un delantal, cortando queso. Dejó un plato delante de su padre, que no le hizo el más mínimo caso.

—«No es ningún secreto que herr Hitler quedó cautivado por Elisabeth Cerruti, la culta mujer del embajador italiano, que lucía un vestido rosa adornado con pieles de marta.»

Su madre siempre describía cómo vestía la gente. Decía que así ayudaba a los lectores a imaginárselos. Ella también tenía ropa elegante, pero corrían tiempos difíciles y hacía varios años que no se había comprado ningún vestido nuevo. Esa mañana tenía un aspecto esbelto y elegante con un vestido de cachemira azul marino que debía de tener tantos años como Carla.

—«La signora Cerruti, que es judía, es una fascista acérrima, y hablaron durante varios minutos. ¿Le pidió a Hitler que dejara de avivar el odio hacia los judíos?» —El padre dejó la revista en la mesa con un fuerte golpe.

«Ahora empieza», pensó Carla.

—Imagino que te habrás dado cuenta de que esto enfurecerá a los nazis —dijo su padre.

—Eso espero —replicó su madre con frialdad—. El día que estén contentos con lo que escribo, dejaré de hacerlo.

—Son peligrosos cuando están enfurecidos.

Los ojos de su madre refulgieron de ira.

—Ni se te ocurra tratarme con condescendencia, Walter. Ya sé que son peligrosos, por eso me opongo a ellos.

—Es que no entiendo de qué sirve enfurecerlos.

—Tú los atacas en el Reichstag. —Walter era un representante parlamentario del Partido Socialdemócrata elegido en las urnas.

—Yo tomo parte de un debate razonado.

La situación era la habitual, pensó Carla. Su padre era un hombre lógico, precavido y respetuoso con la ley. Su madre tenía estilo y sentido del humor. Él se salía con la suya gracias a su perseverancia serena; ella con su encanto y su descaro. Nunca se pondrían de acuerdo.

—Yo no vuelvo a los alemanes locos de ira —añadió su padre.

—Quizá eso es porque tus palabras no les causan ningún daño.

El ingenio de Maud sacó de quicio a Walter, que alzó la voz.

—¿Y crees que les haces daño con tus pullas?

—Me burlo de ellos.

—En lugar de aportar argumentos.

—Creo que se necesitan ambas cosas.

Walter se enfureció aún más.

—Pero, Maud, ¿no ves que te pones en peligro a ti misma y a toda la familia?

—Al contrario. El verdadero peligro sería no burlarse de los nazis. ¿Cómo será la vida para nuestros hijos si Alemania se convierte en un estado fascista?

Ese tipo de discusiones incomodaban a Carla. No soportaba oír que la familia estaba en peligro. La vida debía proseguir tal y como había hecho hasta entonces. Lo único que deseaba era poder sentarse en la cocina todas las mañanas, con sus padres situados en los extremos de la mesa de pino, Ada junto a la encimera, y su hermano, Erik, corre-

teando arriba porque llegaba tarde de nuevo. ¿Por qué tenían que cambiar las cosas?

Durante toda su vida había escuchado conversaciones políticas a la hora del desayuno y creía que entendía lo que hacían sus padres, que tenían la aspiración de convertir Alemania en un lugar mejor para todo el mundo. Sin embargo, en los últimos tiempos habían empezado a hablar de un modo distinto. Era como si creyeran que se avecinaba un gran peligro, pero Carla aún era incapaz de imaginarse de qué se trataba.

—Bien sabe Dios que estoy haciendo todo lo que puedo para contener a Hitler y a sus acólitos —dijo Walter.

—Y yo también. Pero cuando tú lo haces, crees que estás tomando el camino sensato. —A Maud se le crispó el rostro de resentimiento—. Y cuando lo hago yo, me acusas de poner en peligro a la familia.

—Y con razón —replicó Walter.

La discusión no había hecho más que empezar, pero en ese momento Erik bajó los escalones de forma estruendosa, como un caballo, y apareció en la cocina con la cartera de la escuela colgada de un hombro. Tenía trece años, dos más que Carla, y un fino vello negro empezaba a asomar en su labio superior. Cuando eran pequeños, Carla y Erik siempre habían jugado juntos, pero aquellos días habían quedado relegados al pasado, y como él era tan alto le gustaba creer que su hermana era tonta e infantil. En realidad, era más inteligente que él, y sabía muchas cosas que él no entendía, como los ciclos mensuales de la mujer.

—¿Qué era esa melodía que estabas tocando? —le preguntó a su madre.

El piano los despertaba a menudo por la mañana. Era un piano de cola Steinway, heredado, al igual que la casa, de los abuelos paternos. Su madre tocaba por las mañanas porque, según decía, el resto del día estaba demasiado ocupada y por la noche le podía el cansancio. Aquella mañana había interpretado una sonata de Mozart y a continuación una melodía de jazz.

—Se llama *Tiger Rag* —le dijo a Erik—. ¿Quieres un poco de queso?

—El jazz es decadente —replicó su hijo.

—No digas tonterías.

Ada le dio a Erik un plato con queso y salchicha en rodajas, y este lo devoró con avidez. Carla pensó que su hermano tenía unos modales espantosos.

Walter mantenía un semblante adusto.

—¿Quién te ha inculcado todas esas estupideces?

—Hermann Braun dice que el jazz no es música, que tan solo es un puñado de negros haciendo ruido. —Hermann era el mejor amigo de Erik y su padre era miembro del Partido Nazi.

—Pues Hermann debería intentar tocar algo de jazz. —Walter miró a Maud y se le relajó el rostro. Su mujer le sonrió y él prosiguió—: Hace muchos años tu madre intentó enseñarme a tocar ragtime, pero fui incapaz de dominar el ritmo.

Su madre se rió.

—Fue como enseñarle a una jirafa a ir en patines.

Carla comprobó con gran alivio que la pelea había acabado. Empezó a sentirse mejor. Cogió un pedazo de pan negro y lo mojó en la leche.

Sin embargo, ahora era Erik quien tenía ganas de discutir.

—Los negros son una raza inferior —dijo en tono desafiante.

—Lo dudo —repuso Walter, sin perder la paciencia—. Si un niño negro fuera criado en una buena casa llena de libros y pinturas, y si lo enviaran a una escuela cara con buenos maestros, tal vez llegaría a ser más inteligente que tú.

—¡Eso es una estupidez! —protestó Erik.

—Serás engreído... Que no te oiga decir nunca más que tu padre dice estupideces —lo reprendió su madre, que había rebajado un poco el tono ya que había gastado toda su ira en Walter. Ahora solo parecía cansada y decepcionada—. No sabes de qué hablas, y Hermann Braun tampoco.

—¡Pero la raza aria tiene que ser superior, somos los que gobernamos el mundo! —exclamó el muchacho.

—Tus amigos nazis no saben nada de historia —dijo Walter—. Los antiguos egipcios construyeron las pirámides cuando los alemanes aún vivían en cuevas. Los árabes dominaban el mundo en la Edad Media y los musulmanes eran grandes expertos en álgebra cuando los príncipes alemanes no sabían ni escribir su nombre. Como ves, la raza no importa.

—Entonces, ¿qué es lo que importa? —preguntó Carla, con la frente arrugada.

Su padre la miró con ternura.

—Es una buena pregunta y demuestras una gran inteligencia al plantearla. —Carla estaba radiante de felicidad por el elogio de su padre—. Las civilizaciones, los chinos, los aztecas, los romanos, nacen y caen pero nadie sabe por qué.

—Venga, acabad el desayuno y poneos los abrigos —dijo Maud—, que ya vamos tarde.

Walter sacó el reloj del bolsillo del chaleco, lo miró y enarcó las cejas.

—No es tarde.

—Tengo que llevar a Carla a casa de los Franck —explicó Maud—. La escuela de chicas estará cerrada hoy porque están reparando la caldera, de modo que Carla va a pasar el día con Frieda.

Frieda Franck era la mejor amiga de Carla. Sus madres también eran muy buenas amigas. De hecho, cuando eran jóvenes, Monika, la madre de Frieda, había estado enamorada de Walter; un hecho muy gracioso que la abuela de Frieda había revelado un día después de beber algunas copas de champán de más.

—¿Por qué no puede encargarse Ada de Carla? —preguntó Walter.

—Ada tiene que ir al médico.

—Ah.

Carla esperaba que su padre preguntara qué le sucedía a Ada, pero se limitó a asentir como si ya lo supiera, y se guardó el reloj. Carla quería saber qué sucedía, pero algo le decía que no debía hablar de ello y tomó nota mental para preguntarle a su madre más tarde. Pero se olvidó de todo de inmediato.

Walter fue el primero en marcharse, vestido con su largo abrigo negro. Luego Erik se puso su gorra —echándosela hacia atrás todo lo que pudo sin que llegara a caer, tal y como estaba de moda entre sus amigos— y salió a la calle con su padre.

Carla y su madre ayudaron a Ada a recoger la mesa. Carla quería casi tanto a Ada como a su madre. Cuando era pequeña, Ada había cuidado de ella hasta que fue lo bastante mayor para ir a la escuela, ya que su madre siempre había trabajado. Ada aún no se había casado. Tenía veintinueve años y no era muy agraciada, aunque tenía una sonrisa bonita y agradable. El verano anterior había tenido un romance con un policía, Paul Huber, pero no duró demasiado.

Carla y su madre se quedaron de pie frente al espejo del recibidor y se pusieron los sombreros. Maud se tomó su tiempo. Eligió un modelo de fieltro azul, con corona redonda y de ala estrecha, del estilo que llevaban todas las mujeres; pero su madre lo inclinaba en un ángulo distinto, lo que le confería un aspecto chic. Mientras Carla se ponía su gorro de lana, se preguntaba si alguna vez tendría tanto estilo como su madre. Maud parecía una diosa de la guerra, con su

cuello largo y su mentón y pómulos tallados en mármol blanco; era bella, sin duda, aunque no preciosa. Carla tenía el mismo pelo oscuro y los ojos verdes, pero parecía más una muñeca rechoncha que una estatua. En una ocasión había oído por casualidad que su abuela le decía a su madre:

—Tu patito feo se convertirá en un cisne, ya lo verás. —Carla aún estaba esperando a que eso sucediera.

Cuando Maud acabó de acicalarse, salieron. Su hogar se encontraba en una hilera de casas altas y elegantes del barrio de Mitte, en el centro de la ciudad, construidas para ministros y oficiales del ejército de alto rango como el abuelo de Carla, que había trabajado en los edificios gubernamentales que había no muy lejos de allí.

Carla y su madre tomaron un tranvía que recorrió Unter den Linden, luego cambiaron al tren interurbano para ir desde la Friedrichstrasse hasta el parque zoológico. Los Franck vivían en un barrio residencial de Schöneberg, situado en la zona sudoeste de la ciudad.

Carla tenía ganas de ver a Werner, el hermano de Frieda, que tenía catorce años. Le gustaba mucho. En ocasiones Carla y su amiga fantaseaban con que se casaban la una con el hermano de la otra y que eran vecinas, y que sus hijos se convertían en buenos amigos. Para Frieda no era más que un juego, pero Carla deseaba en secreto que todo aquello se hiciera realidad. Werner era un chico guapo y maduro, en absoluto tonto como Erik. En la casa de muñecas que Carla tenía en su habitación, el padre y la madre que dormían juntos en la cama de matrimonio de miniatura se llamaban Carla y Werner, algo que nadie sabía, ni tan siquiera su mejor amiga.

Frieda tenía otro hermano, Axel, de siete años, que había nacido con espina bífida y requería de una atención médica constante. El niño vivía en un hospital especial situado a las afueras de Berlín.

Su madre se mostró preocupada durante el trayecto.

—Espero que todo vaya bien —murmuró para sí, al bajar del tren.

—Claro que sí —dijo Carla—. Me lo pasaré en grande con Frieda.

—No me refería a eso. Hablo del párrafo que escribí sobre Hitler.

—¿Corremos peligro? ¿Tenía razón papá?

—Tu padre suele tener razón.

—¿Qué nos sucederá si hemos molestado a los nazis?

Su madre la miró de un modo extraño durante un buen rato.

—Dios mío, ¿a qué mundo te he traído? —se preguntó Maud, y a continuación enmudeció.

Tras un paseo de diez minutos llegaron a una espléndida casa con un gran jardín. Los Franck eran ricos: el padre de Frieda, Ludwig, era el dueño de una fábrica de aparatos de radio. Había dos coches en el camino de entrada. El más grande y brillante era el de herr Franck. El motor rugió y el tubo de escape expulsó una vaharada de vapor azul. El chófer, Ritter, que llevaba los pantalones del uniforme metidos por dentro de las botas de caña alta, aguardaba con la gorra en la mano, listo para abrir la puerta.

—Buenos días, frau Von Ulrich —la saludó el hombre tras hacer una reverencia.

El segundo coche era algo más pequeño, de color verde, y solo tenía dos plazas. Un hombre bajito con una barba cana salió de la casa con un maletín de piel y se tocó el sombrero para saludar a Maud mientras entraba en el pequeño vehículo.

—Me pregunto qué hace aquí el doctor Rothmann tan temprano —dijo Maud, con inquietud.

No tardaron en averiguarlo. Monika, la madre de Frieda, salió a la puerta. Era una mujer alta y pelirroja. Su rostro pálido reflejaba su nerviosismo. En lugar de darles la bienvenida, se situó frente a la puerta, como si pretendiera impedirles el paso.

—¡Frieda tiene el sarampión! —exclamó.

—¡Lo siento mucho! —repuso Maud—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy mal. Tiene fiebre y tos, pero el doctor Rothmann dice que se curará. Sin embargo, está en cuarentena.

—Claro. ¿Tú lo has pasado?

—Sí, cuando era una niña.

—Y Werner también, recuerdo la erupción que le salió por todo el cuerpo. Pero ¿y tu marido?

—Ludi la tuvo de niño.

Ambas mujeres miraron a Carla, que no había pasado el sarampión. La chica se dio cuenta de inmediato de que ello implicaba que no podría pasar el día con Frieda.

Carla se llevó una desilusión, pero su madre parecía aún más afectada.

—Esta semana la revista va a publicar el número especial dedicado a las elecciones, no puedo quedarme en casa. —Parecía consternada. Todos los adultos estaban preocupados por las elecciones generales que iban a celebrarse el domingo siguiente. Sus padres temían que los nazis obtuvieran los votos necesarios para hacerse con el control abso-

luto del gobierno—. Además, voy a recibir la visita de una vieja amiga de Londres. Me pregunto si podría convencer a Walter de que se tomara el día libre para cuidar de Carla.

—¿Por qué no lo llamas por teléfono?

Pocas personas tenían teléfono en casa, pero los Franck estaban entre los afortunados, y Carla y su madre entraron en el recibidor. El aparato se encontraba sobre una mesa de patas largas y altas, cerca de la puerta. Su madre lo descolgó y dio el número de la oficina de Walter en el Reichstag, el edificio del Parlamento. Cuando la pusieron en contacto con él, le explicó la situación. Escuchó durante un minuto y luego puso cara de enfado.

—Mi revista hará que cien mil lectores voten al Partido Socialdemócrata —dijo—. ¿De verdad tienes que hacer algo más importante?

Carla adivinó cómo iba a acabar la discusión. Sabía que su padre la quería con locura, pero también sabía que su padre nunca se había ocupado de ella ni un solo día en los once años que habían pasado desde su nacimiento. Los padres de todas sus amigas eran iguales. Los hombres no hacían ese tipo de cosas; sin embargo, en ocasiones su madre fingía que desconocía las reglas por las que se regían las vidas de las mujeres.

—Pues tendré que llevármela a la redacción conmigo —dijo Maud—. No quiero ni pensar lo que dirá Jochmann. —Herr Jochmann era su jefe—. No es que sea precisamente un feminista declarado. —Y colgó sin despedirse.

Carla no soportaba que discutieran, y ya era la segunda vez ese día. Sus riñas hacían que el mundo pareciera un lugar inestable. Le daban más miedo esas peleas que los propios nazis.

—Pues vamos —le dijo su madre, que echó a andar en dirección a la puerta.

«Ni tan siquiera veré a Werner», se lamentó Carla.

Justo en ese instante apareció el padre de Frieda en el recibidor: era un hombre de rostro sonrosado, con un pequeño bigote negro, lleno de energía y alegría. Saludó a Maud con simpatía, y ella se detuvo para devolverle la cortesía mientras Monika lo ayudaba a ponerse un abrigo negro con el cuello de piel.

El hombre se dirigió hasta el pie de las escaleras.

—¡Werner! —gritó—. ¡Me voy sin ti! —Se puso un sombrero de fieltro gris y salió.

—¡Ya estoy! ¡Ya estoy!

Werner bajó las escaleras con la agilidad de un bailarín. Era tan alto

como su padre y más guapo, con el pelo de un rubio rojizo, un poco largo. Bajo el brazo llevaba una cartera de cuero que parecía llena de libros; en la otra mano sujetaba un par de patines de hielo y un palo de hockey.

—Buenos días, frau Von Ulrich —dijo de forma educada. Y a continuación, en un tono más informal—: Hola, Carla. Mi hermana tiene el sarampión.

Carla sintió que se ruborizaba sin un motivo aparente.

—Lo sé —contestó ella. Intentó pensar en algo divertido y agradable que decir, pero no se le ocurrió nada—. No lo he pasado, así que no puedo verla.

—Yo lo pasé de niño —dijo Werner, como si aquello hubiera sucedido mucho tiempo atrás—. Tengo que irme, lo siento —añadió a modo de disculpa.

Carla no quería que el encuentro fuera tan fugaz y lo siguió hasta fuera. Ritter sujetaba la puerta abierta.

—¿Qué coche es? —preguntó Carla. Los chicos siempre sabían las marcas y los modelos de los coches.

—Un Mercedes-Benz W10 limousine.

—Parece muy cómodo. —Vio que su madre la miraba de reojo, medio sorprendida y medio divertida.

—¿Quieres que os llevemos? —preguntó Werner.

—Ya lo creo.

—Se lo preguntaré a mi padre. —Werner metió la cabeza en el coche y dijo algo.

—¡De acuerdo, pero daos prisa! —oyó Carla que respondía herr Franck y se volvió hacia su madre.

—¡Podemos ir en coche!

Maud solo dudó un instante. No le gustaban las ideas políticas de herr Franck, que financiaba a los nazis, pero no iba a rechazar que las llevara en su coche caliente en un día frío como aquel.

—Es muy amable de tu parte, Ludwig —dijo Maud.

Entraron en el vehículo. Había espacio para los cuatro detrás. Ritter puso el coche en marcha de forma muy suave.

—Supongo que vais a Kochstrasse —dijo herr Franck. Muchos periódicos y editoriales tenían sus oficinas en la misma calle del barrio de Kreuzberg.

—No hace falta que te desvíes de la ruta habitual. Leipziger Strasse nos va bien.

—No me importaría dejaros en la puerta de la revista, pero imagino que no quieres que tus colegas izquierdistas os vean salir del coche de un plutócrata fatuo como yo —dijo con un tono a medio camino entre cómico y hostil.

Su madre le dedicó una sonrisa encantadora.

—No eres un tipo fatuo, Ludi... Solo un poco engréido. —Y le dio una palmada en la solapa del abrigo.

Ludwig se rió.

—Me lo he buscado. —La tensión se alivió. Herr Franck cogió el tubo para darle las instrucciones a Ritter.

Carla estaba muy emocionada por compartir coche con Werner, y quería aprovechar el trayecto al máximo hablando con él, pero al principio no se le ocurrió qué decir. Lo que en realidad quería preguntarle era: «Cuando seas mayor, ¿crees que te casarán con una chica con el pelo oscuro y los ojos verdes, unos tres años más joven que tú e inteligente?». Sin embargo, al final señaló los patines y dijo:

—¿Tienes partido hoy?

—No, solo entrenamiento después de clase.

—¿De qué juegas? —No sabía nada de hockey, pero en los deportes de equipo siempre había distintas posiciones.

—De extremo derecho.

—¿No es un deporte bastante peligroso?

—No si eres rápido.

—Debes de ser un buen patinador.

—Bueno, me defiendo —dijo con modestia.

Carla reparó de nuevo en su madre, que la observaba con una sonrisita enigmática. ¿Había descubierto cuáles eran sus sentimientos hacia Werner? Sintió que iba a sonrojarse de nuevo.

Entonces el coche se detuvo frente al edificio de una escuela y Werner salió.

—¡Adiós a todos! —dijo y echó a correr en dirección a la puerta de entrada al patio.

Ritter retomó la marcha, siguiendo la orilla sur del Landwehrkanal. Carla miró las barcazas y el carbón que transportaban cubierto de nieve, como montañas. Se apoderó de ella una sensación de decepción. Había logrado pasar más rato con Werner dejando entrever que necesitaban que las acompañaran en coche, pero luego había echado a perder la ocasión hablando de hockey sobre hielo.

¿De qué le habría gustado hablar con él? No lo sabía.

—Leí tu columna en *Der Demokrat*.

—Espero que te gustara.

—No me hizo mucha ilusión leer tus comentarios irrespetuosos sobre nuestro canciller.

—¿Crees que los periodistas deberían escribir con respeto sobre los políticos? —replicó Maud con alegría—. Eso es radical. ¡La prensa nazi también debería ser más educada con mi marido! Y eso no les gustaría.

—No me refería a todos los políticos, claro —dijo Franck, de malos modos.

Atravesaron el cruce de Potsdamer Platz, atestado de gente. Los coches y los tranvías pugnaban con los carros tirados por caballos y los peatones en un enjambre caótico.

—¿No es mejor que la prensa pueda criticar a todo el mundo por igual? —preguntó Maud.

—Es una idea maravillosa —concedió Ludwig—. Pero los socialistas vivís en un mundo de ensueño. Sin embargo, nosotros los hombres prácticos sabemos que Alemania no puede vivir solo de ideas. La gente debe tener pan, zapatos y carbón.

—Estoy de acuerdo —dijo Maud—. A mí no me vendría mal un poco más de carbón, pero quiero que Carla y Erik crezcan como ciudadanos de un país libre.

—Sobrealoras la libertad, que no hace más feliz a la gente. Prefieren liderazgo. Quiero que Werner y Frieda y el pobre Axel crezcan en un país orgulloso y disciplinado, y unido.

—¿Y para ser un país unido necesitamos que unos matones vestidos con camisas pardas se dediquen a dar palizas a tenderos judíos ancianos?

—La política es dura. No podemos hacer nada al respecto.

—Al contrario. Tú y yo somos líderes, Ludwig, cada uno a nuestro modo. Nuestra responsabilidad es que la política sea menos dura, más honesta, más racional, menos violenta. Si no lo hacemos, fracasaremos en nuestro deber patriótico.

Herr Franck se enfureció.

Carla no sabía mucho de hombres, pero se había dado cuenta de que no les gustaba que las mujeres fueran dándoles lecciones acerca de sus deberes. Aquella mañana su madre debía de haberse olvidado de activar el interruptor de su encanto. Pero todo el mundo estaba tenso. Las cercanas elecciones los habían sumido a todos en un estado de gran crispación.

El coche llegó a Leipziger Platz.

—¿Dónde quieres que os deje? —preguntó herr Franck con frialdad.

—Aquí ya nos va bien —respondió Maud.

Franck golpeó el cristal que los separaba del chófer. Ritter detuvo el coche y se apresuró a bajar para abrir la puerta.

—Espero que Frieda mejore pronto —dijo Maud.

—Gracias.

Madre e hija bajaron del coche y Ritter cerró la puerta.

Aún quedaba un buen trecho para llegar a la redacción de la revista, pero era evidente que Maud no había querido permanecer más tiempo del estrictamente necesario en el coche. Carla esperaba que su madre no fuera a estar siempre enfadada con herr Franck ya que aquello pondría trabas a su relación con Frieda y Werner, algo que no soportaría.

Echaron a andar con paso rápido.

—Intenta no causar molestias cuando lleguemos a la redacción —le pidió su madre. El deje de súplica de su voz conmovió a Carla, e hizo que se avergonzara de ser la causante de esa preocupación, de modo que tomó la decisión de comportarse perfectamente.

Su madre saludó a varias personas durante el camino: llevaba escribiendo su columna desde que Carla tenía uso de razón, y era bien conocida entre los periodistas. Todos la llamaban «lady Maud», en inglés.

Cerca del edificio donde se encontraban las oficinas de *Der Demokrat*, vieron a alguien a quien conocían: el sargento Schwab. Había luchado con su padre en la Gran Guerra, y aún llevaba el pelo rapado, al estilo militar. Después de la guerra había trabajado como jardinero, primero para el abuelo de Carla y luego para su padre; pero había robado dinero del monedero de su madre, y su padre lo había despedido. Ahora lucía el feo uniforme militar de las tropas de asalto, los camisas pardas, que no eran soldados, sino nazis a los que habían concedido la autoridad de policía auxiliar.

—¡Buenos días, frau Von Ulrich! —dijo Schwab en voz alta, como si no se avergonzara lo más mínimo de ser un ladrón. Ni tan siquiera se tocó la gorra.

Maud asintió fríamente y pasó de largo.

—Me pregunto qué hará aquí —murmuró con inquietud mientras entraban en el edificio.

La revista ocupaba la primera planta de un moderno edificio de oficinas. Carla sabía que una niña no sería bien recibida, y confiaba en poder llegar al despacho de su madre sin que la vieran. Pero se cruzaron con herr Jochmann en las escaleras. Era un hombre robusto que llevaba unas gafas gruesas.

—¿Qué es esto? —preguntó con brusquedad sin quitarse el cigarrillo de la boca—. ¿Es que ahora tenemos una guardería?

Maud no reaccionó ante las groseras palabras de su jefe.

—Estaba pensando en el comentario que hizo el otro día —dijo Maud—. Sobre el hecho de que la gente joven se imagina el periodismo como una profesión llena de glamour y que no entiende que requiere de un gran esfuerzo y dedicación.

El hombre arrugó la frente.

—¿Dije yo eso? Bueno, es cierto, sin duda.

—He decidido traer a mi hija para que vea la realidad. Creo que será muy positivo para su educación, sobre todo si decide convertirse en escritora. Redactará un pequeño informe de la visita para la escuela. Estaba convencida de que usted daría su aprobación.

Maud se inventó la historia de forma improvisada, pero, en opinión de Carla, sonó convincente. Hasta ella misma estuvo a punto de creérsela. Por fin había activado el interruptor de su encanto.

—¿No tienes hoy una visita importante de Londres? —preguntó Jochmann.

—Sí, Ethel Leckwith, pero es una vieja amiga. Conoció a Carla cuando era un bebé.

Jochmann se calmó un poco.

—Hum. Bueno, tenemos una reunión de redacción dentro de cinco minutos, en cuanto haya comprado los cigarrillos.

—Carla se encargará de ello. —Su madre se volvió hacia ella—. Hay un estanco tres puertas más allá. A herr Jochmann le gustan los cigarrillos Roth-Händle.

—Ah, así me ahorro el viaje. —Jochmann le dio una moneda de un marco a Carla.

—Cuando vuelvas me encontrarás al final de las escaleras, junto a la alarma antiincendios —le dijo Maud, que se dio la vuelta y cogió a herr Jochmann del brazo en un gesto de confianza—. Creo que el número de la semana pasada fue el mejor que hemos publicado jamás —dijo mientras subían.

Carla salió corriendo a la calle. Su madre se había salido con la

suya, echando mano de esa mezcla tan típica de ella de audacia y coqueteo. En ocasiones decía: «Las mujeres tenemos que aprovechar todas las armas a nuestro alcance». Al pensar en ello, Carla se dio cuenta de que había utilizado la táctica de su madre para lograr que herr Franck las llevara en coche. Quizá al final sí que era como su madre y tal vez por eso le había lanzado esa extraña sonrisilla: se veía a sí misma treinta años antes.

Había cola en el estanco. Parecía que la mitad de los periodistas de Berlín estaban comprando sus provisiones de tabaco para el día. Al final Carla consiguió el paquete de Roth-Händle y regresó al edificio de *Der Demokrat*. Encontró la alarma antiincendios fácilmente, era una gran palanca que sobresalía de la pared, pero su madre no estaba en su despacho. Se había ido a la reunión de redacción.

Carla recorrió el pasillo. Todas las puertas estaban abiertas, y la mayoría de las salas permanecían vacías salvo por unas cuantas mujeres que debían de ser mecanógrafas y secretarias. Al fondo del piso, al otro lado de una esquina, había una puerta cerrada con un rótulo que decía SALA DE REUNIONES. Carla oía voces masculinas discutiendo. Llamó a la puerta pero no hubo respuesta. Dudó un instante, pero giró el pomo y entró.

La sala estaba inundada de humo de tabaco. Había unas ocho o diez personas sentadas en torno a una larga mesa. Su madre era la única mujer. Todos se quedaron en silencio, al parecer sorprendidos, cuando Carla se acercó a la cabecera de la mesa y le dio a Jochmann el tabaco y el cambio. Aquel silencio le hizo pensar que había hecho mal al entrar en la sala.

—Gracias —le dijo Jochmann sin embargo.

—De nada —dijo ella, y por algún motivo hizo una pequeña reverencia.

Los hombres se rieron.

—¿Es tu nueva ayudante, Jochmann? —preguntó uno de los hombres. Entonces Carla se dio cuenta de que había tomado la decisión acertada.

Salió de inmediato de la sala y regresó al despacho de su madre. No se quitó el abrigo ya que hacía frío. Miró alrededor. En el escritorio había un teléfono, una máquina de escribir y pilas de papel y papel carbón.

Junto al teléfono había una fotografía enmarcada de Carla y Erik con su padre. La habían tomado un par de años antes, un día soleado en la playa, junto al lago Wannsee, a veinticinco kilómetros del centro

de Berlín. Walter llevaba pantalones cortos. Todos reían. Fue antes de que Erik empezara a dárselas de hombre serio y duro.

En la otra fotografía que había, colgada de la pared, aparecía Maud con Friedrich Ebert, héroe de los socialdemócratas, que había sido el primer presidente de Alemania tras la guerra. La foto se había tomado unos diez años atrás. Carla sonrió al fijarse en el vestido holgado y de cintura baja y el corte de pelo masculino de su madre: ambos debían de estar de moda por entonces.

En la estantería había diversos listines telefónicos, diccionarios en distintos idiomas y atlas, pero nada que leer. En el escritorio había lápices, varios pares de guantes de etiqueta aún envueltos en papel de seda, un paquete de compresas, y una libreta con nombres y números de teléfono.

Carla cambió la fecha del calendario y lo puso al día, lunes 27 de febrero de 1933. Luego colocó una hoja de papel en la máquina de escribir. Tecleó su nombre completo, Heike Carla von Ulrich. Cuando tenía cinco años anunció a todo el mundo que no le gustaba el nombre de Heike y que quería que todos utilizaran su segundo nombre, y para su gran sorpresa, la familia le hizo caso.

Cada tecla de la máquina de escribir hacía que una barra metálica se alzara, golpeará una cinta entintada e imprimiera una letra. Cuando apretó dos teclas sin querer, estas se quedaron atascadas. Intentó separarlas, pero no pudo. Apretó otra tecla pero no sirvió de nada: ahora ya se le habían atascado tres. Lanzó un gruñido: se había metido en un problema.

Un ruido de la calle la distrajo. Se acercó a la ventana. Una docena de camisas pardas marchaban por el centro de la calle, gritando consignas: «¡Muerte a los judíos! ¡Judíos, al infierno!»». Carla no entendía por qué odiaban de aquel modo a los judíos, que parecían personas iguales a los demás, salvo por su religión. Se sobresaltó al ver al sargento Schwab al frente de los camisas pardas. Sintió pena por el hombre cuando lo despidieron porque sabía que le costaría encontrar trabajo. En Alemania había millones de hombres sin empleo: su padre decía que era una Depresión. Pero su madre replicó: «¿Cómo podemos tener a un hombre que roba en nuestra casa?».

Los camisas pardas se pusieron a cantar otra consigna. «¡Destrozad los periódicos judíos!»», dijeron al unísono. Uno de ellos lanzó algo, una verdura podrida contra la puerta de un periódico nacional. Entonces, se volvieron hacia el edificio donde se encontraba Carla, que se horrorizó.

La muchacha se apartó un poco y asomó la cabeza por el borde del marco de la ventana, con la esperanza de que no la vieran. Se detuvieron fuera, sin dejar de entonar cánticos. Uno de ellos tiró una piedra. Impactó en la ventana de Carla y, aunque no la rompió, la chica lanzó un grito de miedo. Al cabo de un instante entró una de las mecanógrafas, una mujer joven que llevaba puesta una boina roja.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, y luego miró por la ventana—. Oh, demonios.

Los camisas pardas entraron en el edificio y Carla oyó pisadas de botas en las escaleras. Estaba asustada, ¿qué iban a hacer?

El sargento Schwab entró en el despacho de su madre. El hombre vaciló al verlas, pero enseguida se armó de valor. Cogió la máquina de escribir y la tiró por la ventana, atravesando el cristal, que quedó hecho añicos. Carla y la mecanógrafa gritaron.

Varios camisas pardas más pasaron frente a la puerta, gritando consignas.

Schwab agarró a la mecanógrafa del brazo.

—Ahora, cariño, dínos dónde está la caja fuerte de la redacción —le ordenó.

—¡En el archivo! —dijo la chica, aterrorizada.

—Enséñamela.

—¡Sí, lo que diga!

Schwab la sacó del despacho de Maud.

Carla se puso a llorar, pero enseguida paró.

Por un instante se le pasó por la cabeza la idea de esconderse bajo el escritorio, pero no le convenció. No quería que vieran lo asustada que estaba. Había algo en su interior que la impulsaba a desafiar a aquellos hombres.

Pero ¿qué podía hacer? Decidió avisar a su madre.

Salió al pasillo y miró a un lado y a otro. Los camisas pardas entraban y salían de los diversos despachos, pero aún no habían llegado al final. Carla no sabía si la gente que se encontraba en la sala de reuniones podía oír el alboroto. Recorrió el pasillo tan rápido como pudo, pero un grito la hizo detenerse. Miró en el interior de una sala y vio que Schwab zarandeaba a la mecanógrafa de la boina roja.

—¿Dónde está la llave? —le preguntaba.

—¡No lo sé, le juro que le estoy diciendo la verdad! —gritó la mecanógrafa.

Carla estaba indignada. Schwab no tenía ningún derecho a tratar a la mujer de aquel modo.

—¡Déjala en paz, Schwab! ¡No eres más que un ladrón! —le gritó Carla.

Schwab le lanzó una mirada de odio, y de pronto el temor de la pequeña se multiplicó por diez. Entonces el hombre miró a alguien que apareció detrás de ella.

—Saca a la maldita cría de aquí —le dijo Schwab.

Alguien agarró a Carla por detrás.

—¿Eres una pequeña judía? —preguntó una voz masculina—. Tienes toda la pinta, con ese pelo negro.

Aquel comentario la aterró.

—¡No soy judía! —gritó.

El camisa parda la arrastró por el pasillo y la metió en el despacho de su madre. Carla cayó al suelo.

—Quédate aquí —le ordenó el hombre, y se fue.

Carla se puso en pie. No estaba herida. El pasillo estaba abarrotado de camisas pardas, y ya no podía llegar hasta su madre. Pero tenía que pedir ayuda.

Miró a través de la ventana. En la calle empezaba a congregarse una pequeña multitud. Había dos policías entre la gente, charlando.

—¡Socorro! ¡Socorro, policía! —les gritó Carla.

Los hombres la vieron y se rieron.

Aquello la enfureció y la ira le hizo perder el miedo. Miró de nuevo fuera de la oficina y reparó en la alarma antiincendios que había en la pared. Se acercó y agarró la palanca.

Vaciló un instante. En teoría no podía activar la alarma si no había un incendio, y un cartel que había en la pared advertía de las graves consecuencias si no se hacía caso de la norma.

A pesar de todo, tiró de la palanca.

Durante unos instantes no sucedió nada. Quizá el mecanismo no funcionaba.

Entonces se oyó el sonido fuerte y estridente de una sirena, que subía y bajaba, que inundó el edificio.

De forma casi inmediata, las personas que se encontraban en la sala de reuniones salieron en tromba al pasillo. Jochmann fue el primero.

—¿Qué demonios está sucediendo? —preguntó, hecho una furia, dando voces para que lo oyeran por encima del estruendo de la alarma.

—Esta revista despreciable, judía y comunista ha insultado a nuestro líder, y vamos a cerrarla —dijo uno de los camisas pardas.

—¡Salgan de mi redacción!

El camisa parda no le hizo caso y entró en una sala. Al cabo de un instante se oyó un grito de mujer y un estruendo, como si alguien hubiera volcado un escritorio.

Jochmann se volvió hacia uno de sus trabajadores.

—¡Schneider, llama a la policía de inmediato!

Carla sabía que no iba a servir de nada. La policía ya estaba ahí, y se había quedado de brazos cruzados.

Su madre se abrió paso entre el gentío y recorrió el pasillo.

—¿Estás bien? —le preguntó y la abrazó con fuerza.

Carla no quería que la consolaran como si fuera una niña. Apartó a su madre.

—Estoy bien —le dijo.

Su madre miró alrededor.

—¡Mi máquina de escribir!

—La han tirado por la ventana. —Se dio cuenta de que ya no se iba a meter en ningún problema por haber atascado las teclas.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Maud. Cogió la foto del escritorio, agarró a Carla de la mano y salieron precipitadamente del despacho.

Nadie intentó detenerlas mientras bajaban por las escaleras. Delante de ellas había un hombre joven y fornido que podía ser un periodista; tenía agarrado a un camisa parda de la cabeza y lo estaba sacando a rastras del edificio. Carla y su madre los siguieron hasta la calle. Otro camisa parda iba tras ellas.

El periodista se acercó a los policías sin soltar al camisa parda.

—Detengan a este hombre —dijo—. Lo he encontrado robando en la redacción. Encontrarán un frasco de café en uno de sus bolsillos.

—Suéltelo, por favor —dijo el mayor de los dos policías.

El periodista obedeció a regañadientes.

El segundo camisa parda se situó junto a su compañero.

—¿Cómo se llama, señor? —le preguntó el policía al periodista.

—Soy Rudolf Schmidt, corresponsal parlamentario de *Der Demokrat*.

—Rudolf Schmidt, queda detenido acusado de agresión a las fuerzas del orden.

—No diga estupideces. ¡He pillado a este hombre robando!
El policía le hizo un gesto con la cabeza a los camisas pardas.

—Llévalo a la comisaría.

Agarraron a Schmidt de los brazos. Parecía que iba a oponer resistencia, pero cambió de opinión.

—¡Todos los detalles de este incidente aparecerán en el siguiente número de *Der Demokrat*! —dijo.

—No habrá ningún número más —replicó el policía—. Llévoslo.

Llegó un camión de bomberos del que bajaron seis hombres. El jefe de estos se dirigió a los policías de forma brusca.

—Tenemos que desalojar el edificio —anunció.

—Regresa al parque de bomberos, no hay ningún incendio —dijo el policía mayor—. Solo son las tropas de asalto, que están cerrando una revista comunista.

—Eso no me incumbe —replicó el bombero—. La alarma ha sonado y nuestra principal obligación es desalojar a todo el mundo, a los soldados y a los demás. Lo haremos sin su ayuda. —Y se dirigió al interior del edificio, acompañado por sus hombres.

—¡Oh, no! —le oyó Carla decir a su madre.

La chica se volvió y vio que Maud estaba mirando su máquina de escribir, que estaba en el suelo, donde había caído. La cubierta metálica se había desprendido y había dejado al descubierto el mecanismo de teclas y palancas. El teclado estaba deformado, un extremo del carro se había soltado y el timbre que sonaba al llegar al final de la línea yacía tristemente en el suelo. La máquina de escribir no era un objeto valioso, pero parecía que su madre estaba a punto de romper a llorar.

Los camisas pardas y los trabajadores de la revista salieron del edificio, acompañados por los bomberos. El sargento Schwab oponía resistencia.

—¡No hay ningún incendio! —gritó. Pero los bomberos lo empujaron para que avanzara.

Jochmann también salió y se acercó hasta ellas.

—No han tenido mucho tiempo para causar daños, los bomberos se lo han impedido. ¡Sea quien sea la persona que ha activado la alarma, nos ha hecho un gran favor! —les dijo.

A Carla le había preocupado que la riñeran por hacer sonar la alarma, pero ahora se daba cuenta de que había hecho lo adecuado.

Cogió a su madre de la mano, que pareció sobresaltarse un instante. Se secó las lágrimas de los ojos con la manga, un gesto poco habitual

en ella que demostraba lo alterada que estaba: si lo hubiera hecho Carla, le habrían dicho que utilizara el pañuelo.

—¿Qué hacemos ahora? —Su madre nunca decía eso, siempre sabía qué hacer.

Carla se fijó en dos personas que había cerca de ellas. Las miró. Una era una mujer de la misma edad que su madre, muy guapa, con cierto aire de autoridad. La conocía, pero no sabía de qué. A su lado había un hombre lo bastante joven para ser su hijo. Era un chico delgado y no muy alto, pero parecía una estrella de cine. Tenía un rostro atractivo que habría resultado irresistible de no ser por la nariz chata y deforme. Ambos parecían horrorizados, y el chico estaba pálido de ira.

La mujer habló primero y lo hizo en inglés.

—Hola, Maud —dijo, y la voz le resultó vagamente familiar a Carla—. ¿No me reconoces? —prosiguió—. Soy Eth Leckwith, y este es Lloyd.